Desde la Antropología: una reflexión sobre el machismo

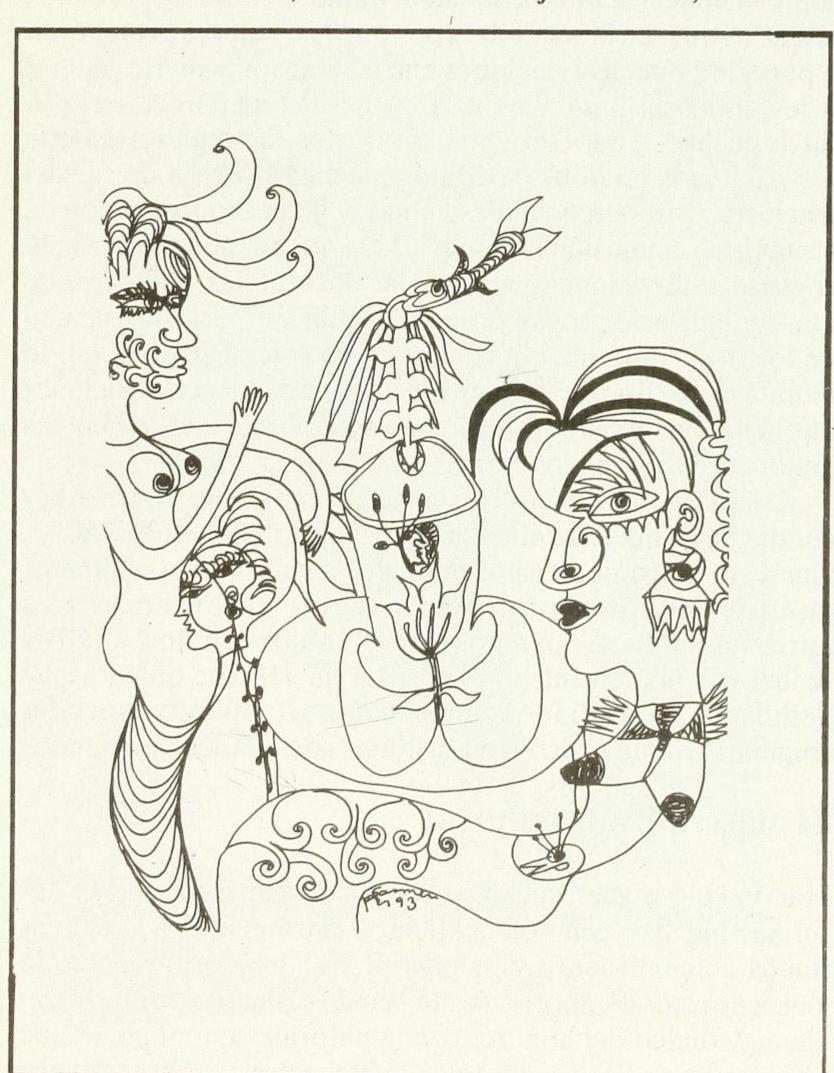
Rubí de María Gómez Campos

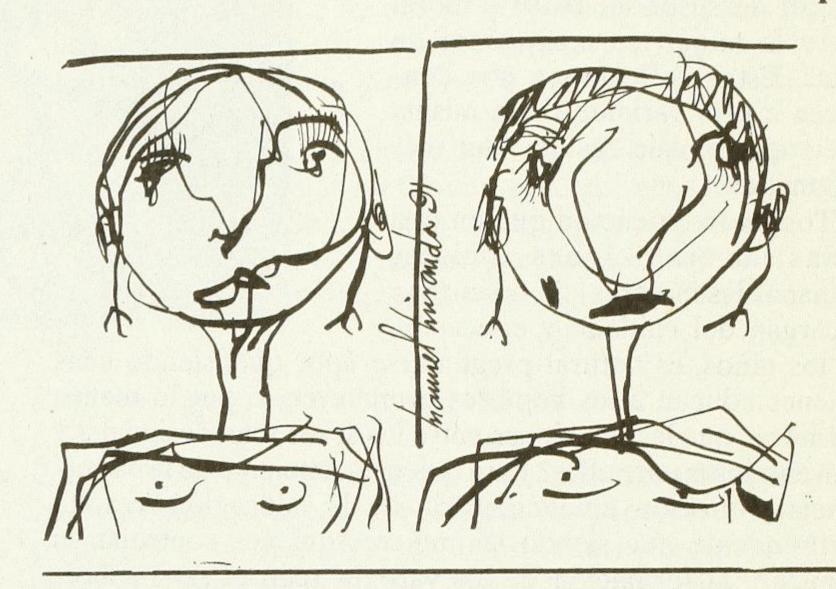
"Los movimientos de liberación de la mujer no niegan que la posesión de ovarios en vez de testículos conduce necesariamente a formas diferentes de experimentar la vida. Niegan que haya algo en la naturaleza biológica de los hombres y de las mujeres que por sí solo destina a los varones a gozar de privilegios sexuales, económicos y políticos mayores que los de las mujeres".

Marvin Harris

Agresividad y sumisión

Len su libro Sexo y temperamento que la atribución del género¹ a los individuos es una creación totalmente artificial, y que "la naturaleza humana es maleable de una manera casi increíble"². A través de algunas investigaciones llevadas a cabo en Nueva Guinea, Margaret Mead nos habla de la diversidad que, en torno a los valores simbólicos de lo femenino y lo masculino, constituye a algunas sociedades. Por ejemplo, entre los tchambuli, "mientras la mujer domina, tiene un





comportamiento impersonal y es la que dirige, el hombre es el menos responsable y se halla subordinado desde el punto de vista emocional". En esta sociedad los varones son pasivos y superficiales mientras las mujeres resultan agresivas y activas.

Para Margaret Mead, como para muchos antropólogos, la relación que las diferentes sociedades tienen con lo masculino y femenino responde a los distintos tipos de condicionamiento social; ellos son producto de la "intrincada, elaborada e infalible manera en que una cultura es capaz de modelar a cada recién nacido según la imagen cultural". Además, según Marvin Harris, otro antropólogo norteamericano creador del llamado materialismo cultural, la existencia de un sin fin de conductas aparentemente arbitrarias, enigmáticas o irracionales en diversas culturas responde, en su origen, a ciertas necesidades elementales de sobrevivencia que a fin de cuentas se expresarían como razones económicas y serían una respuesta indirecta, a los requerimientos de funcionamiento del orden social en que se expresan.

Pero en nuestra cultura, también definida bajo la organización social que establece una división entre los sexos de acuerdo a roles socialmente valorados, se han producido resultados que no parecen ser muy eficaces ni benéficos para su desarrollo pleno. La exacerbación del machismo que mutila o limita la potencia vital de las mujeres y la respuesta radical de quienes pretenden combatir el machismo a costa de su asimilación por las mujeres (por ejemplo, en su integración a la milicia) parece estar planteando una alternativa radical de homogeneización del mundo en torno a la valoración de la agresividad.

Apercibidas del riesgo que puede implicar una lucha por la igualdad entre los sexos que no se sustente en la crítica de los eternos valores que la cultura masculina impone, como es la sobrevaloración de la agresividad, resulta oportuno preguntarnos ¿por qué el machismo y la agresividad masculina son tan determinantes en la configuración de la Cultura Occidental? ¿Por qué existe el machismo? es una pregunta que muchas nos hacemos frecuentemente. ¿Por qué los hombres abusan de su poder físico y moral sobre la mujer, su compañera de vida? Estas reflexiones nos conducen a otra variante de la misma interrogante, que resulta aún más enigmática.

Tomando en cuenta que en casi todas las tradiciones sociales humanas las mujeres son quienes se encargan del cuidado y educación

de los niños, es natural preguntarse ¿por qué, siendo ellas quienes educan a los hombres promueven, o por lo menos permiten, que las relaciones entre los sexos sean desiguales y desventajosas para ellas? Para quien es conciente de la importancia y función emancipatoria de la educación, resulta sorprendente que siendo las mujeres quienes controlan la crianza y la formación de los varones sean el sexo subordinado. Como dice Marvin Harris, gracias a esa actividad las mujeres podrían "modificar potencialmente cualquier estilo

de vida que las amenace".

Pero el hecho es que el machismo es, y ha sido durante muchos siglos, parte de la ideología dominante y que no basta una conciencia crítica ni una práctica liberadora para eliminarlo, mientras éstas se reduzcan a acciones o pensamientos individuales. Habremos pues de reflexionar más profundamente sobre este tema, e intentar comprender la incógnita del machismo y la correlativa tolerancia que lo sostiene; para lo cual debemos mantener una correlación entre los dos niveles: la pregunta sobre la naturaleza del machismo, intentando descubrir cómo desterrar de nuestras vidas ese residuo de irracionalidad que todavía arrastra el hombre; e intentar comprender las razones por las cuales la mujer aparece como alguien que tiene una prolongada afición a sufrir (o aceptar) una situación desventajosa.

Respuestas naturalistas vs. respuestas culturalistas

El hecho de que algunas mujeres intenten integrarse a los espacios masculinos del poder bastaría, por si mismo, para demostrar que los argumentos naturalistas acerca de que los dos sexos somos como somos "por naturaleza" son falsos. Por otra parte, numerosos estudios antropológicos y psicológicos se encargan de mostrar la pluralidad de posibilidades que encierra la diferencia sexual. Por ejemplo, Ann Oakley nos muestra, a través de algunos casos de niños hermafroditas, que "la identidad de género es una variable cultural independiente" que no está configurada por la biología. Abundantes casos de niños que son educados como mujeres y viceversa demuestran que es la cultura la que construye las características que los definen como femeninos o masculinos.

Ahora bien, reconocer, sin más, que es la cultura y la sociedad la que se encarga de "deformar" nuestra naturaleza



hasta alcanzar los rasgos que actualmente escinden a la especie, tampoco es una respuesta cabalmente satisfactoria para clarificar el problema que nos ocupa. Como dice Margaret Mead, "persiste, sin embargo, el problema del origen de estas diferencias, socialmente estandarizadas"'; y para poder superar efectivamente los límites de la relación sexual dominada por el machismo es necesario explicar las razones de su existencia; esto es: el por qué y el cómo del machismo.

Pero el enigma de la actitud masculina de dominación se oscurece desde la misma forma de plantear la pregunta; en ella se establecen ya ciertos límites a su resolución. La primera forma: ¿por qué los hombres abusan de su poder físico y moral sobre la mujer? induce a ubicar al hombre como responsable, mientras que, en la segunda: ¿por qué las mujeres promueven o permiten que las relaciones entre los sexos sean desiguales y desventajosas para ellas? es la mujer la que parece serlo. A fin de cuentas, y para ser realmente justas, la pregunta debería ser planteada en doble término: ¿cuál es la razón de ser del machismo (prepotencia masculina), y de la subordinación de las mujeres (sumisión femenina)?; ya que resulta tan erróneo como mal intencionado atribuir las desventajas y defectos de una configuración social desequilibrada entre los sexos a uno de los dos, como hizo la tradición durante siglos o como lo intenta cierto tipo de "feminismo" extremo. Ambas posiciones implican no considerar que tanto los varones como las mujeres configuran las características de su relación.

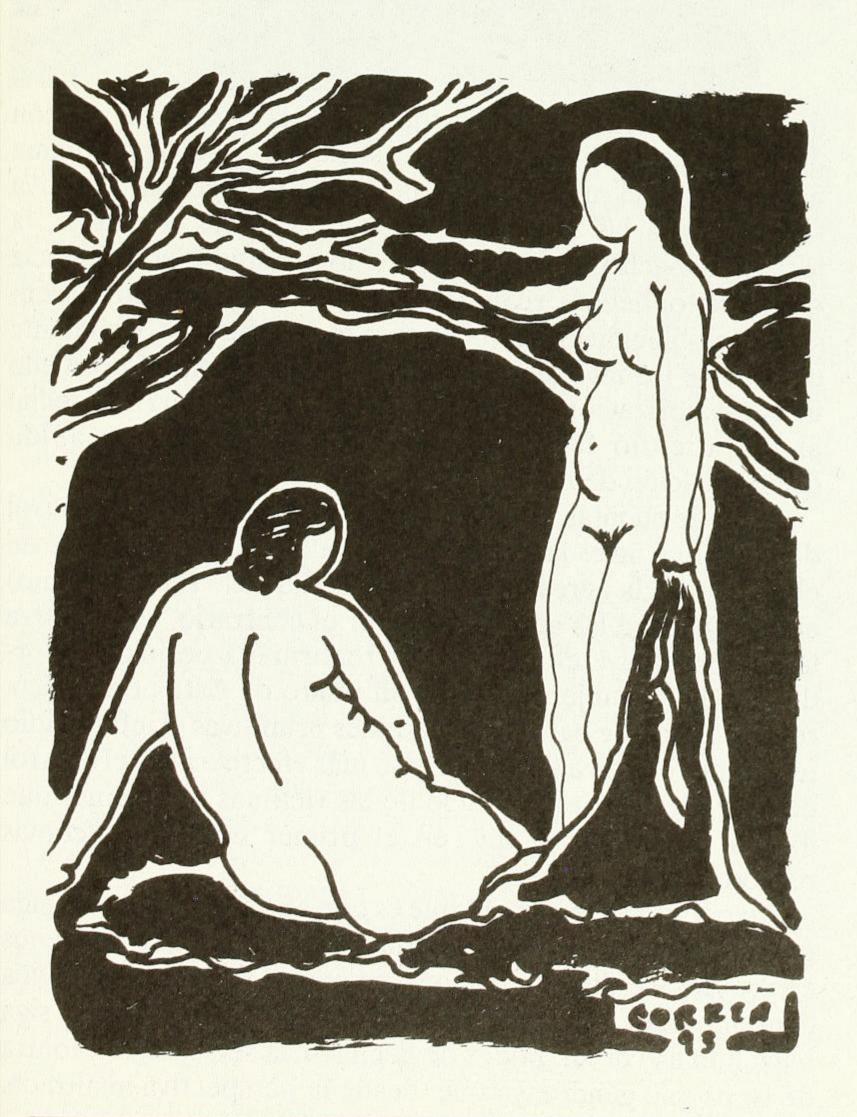
Asimismo deberemos reconocer, como punto de partida y condición de nuestra reflexión, que tal vez nunca encontremos una respuesta única a estos misterios de la conducta humana, aunque siempre podremos seguir intentando una aproximación. Apoyamos este trabajo en los análisis realizados por el antropólogo Marvin Harris, quien se ha dedicado a estudiar algunos comportamientos sociales enigmáticos que ocurren en distintas sociedades del mundo.

El materialismo cultural

Marvin Harris analiza ciertas conducatas aparentemente absurdas, que parecen no beneficiar a la especie ni a la cultura (tabús alimentarios, creencias religiosas, etc.), buscando la lógica de estos comportamientos en un principio de intercambio económico del hombre con la naturaleza; fenómeno que en el fondo no es otra cosa que la lucha por la sobrevivencia. Una de las necesidades fundamentales de esta lucha es el control de la sobrepoblación, determinado por las presiones del medio ambiente en cuanto a sus recursos y posibilidades. Entre estas presiones ocupan un lugar preponderante las características climáticas y geográficas.

Entre otros hechos enigmáticos como la sacralización de las vacas en países tan pobres como la India, el infanticidio femenino en algunas comunidades primitivas, las guerras, la prohibición en ciertos casos y la valoración en otros por la carne de puerco, Marvin Harris analiza el fenómeno del machismo. Basándose en observaciones de ciertas sociedades extremadamente agresivas y machistas, nuestro autor apela al reconocimiento de la relación entre machismo y guerra. Recurre para su explicación a uno de los casos extremos de expresión de machismo que se da en un pueblo de indígenas brasileños particularmente belicosos: los yanomamo, pueblo que también practica, como algunos otros, el infanticidio femenino -la expresión más pura de misoginia de que se tenga noticia. Pero ¿cuál es la relación que existe entre los fenómenos: machismo, infanticido femenino y guerra? Los tres se relacionan y explican, según Harris, a partir de la necesidad de control de la sobrepoblación que amenaza cualquier tipo de sociedad, en función de los requerimientos de un equilibrio ecológico que garantice la sobrevivencia del grupo.

La idea de que la guerra es un medio de control demográfico es ya una idea vieja, pero Harris la retoma de una manera sumamente original. Contra la idea simple y muy conocida de que la guerra reduce los índices de población,



Harris asegura que, ya que los que mueren en la guerra son hombres y no mujeres, los resultados en déficit de población que producen las guerras pueden ser fácilmente subsanados por la capacidad de procreación de las mujeres. Por ello la función reguladora de la guerra como medio de control demográfico se produce sólo de una manera indirecta. Es decir, a través de la valoración ideológica que se hace de la conducta bélica se logra un control más efectivo de la natalidad, puesto que de ella se desprende directamente la sobrevaloración de los varones, la desvalorización de las mujeres y la misoginia y su forma extrema: el infanticidio femenino.

Ahora bien, la cruel acción de matar niñas no siempre se lleva a cabo de una manera directa, muchas veces se hace uso de lo que Harris llama "poder de negligencia selectiva". Es decir, el descuido se presenta más veces en infantes del sexo femenino, por lo que hay más mortalidad de niñas que de niños.

Sexismo, guerra y sobrevivencia

Con su tesis, Harris se opone a quienes afirman que "los varones son naturalmente más agresivos y feroces porque el papel del sexo masculino es evidentemente agresivo". El también afirma que el vínculo entre sexo y agresión es totalmente artificial, y son los sistemas sociales machistas los que producen este vínculo, al distribuir recompensas sexuales a los varones agresivos y negarlas a los varones pasivos. De hecho, afirma, "no veo ninguna razón por la que no se podría imponer el mismo tipo de embrutecimiento a las mujeres"; afirmación que corrobora Margaret Mead cuando asegura que los mundugumor, otro grupo de Nueva Guinea, comparten por igual actitudes que nosotros consideramos masculinas: "hombres y mujeres llegan a ser crueles, agresivos, positivamente sexuados, con un mínimo de ternura maternal en su personalidad"¹⁰.

En el mayor número de sociedades analizadas y conocidas en Occidente el sexo sólo se ha utilizado hasta ahora para estimular y controlar el comportamiento agresivo de los machos -afortunadamente, puesto que embrutecer en el mismo grado a los dos sexos sólo conduciría a la autodestrucción de la especie. Ahora bien, "para hacer del sexo una recompensa al valor, se debe de enseñar a uno de los sexos a ser cobarde" dice Harris, y es a la mujer a quien le toca jugar este papel dado que posee una estructura corporal más débil y, por lo tanto, menos eficaz para la guerra, especialmente para la guerra primitiva cuya tecnología consistía, sobre todo, en burdas armas de mano. Es decir, en estos momentos y bajo estas circunstancias la anatomía de la mujer si fué destino.

La guerra, en cuanto medio de "defensa del grupo", originalmente sólo podía llevarse a cabo por los varones fuertes y agresivos (machos); por lo que dicha conducta fue estimulada a través del recurso de su valoración social. De esta manera, la función necesaria para la guerra adquiere preponderancia como valor humano y llega a convertirse en una de las formas de justificación de la desvalorización de la mujer, conduciendo, en grado extremo, al frecuente descuido y mortalidad de las niñas. Así pues, el control demográfico al que tradicionalmente se supone que está encaminada la gue-

rra resulta efectivo, pero las víctimas masculinas que cobra la guerra son sólo una consecuencia indirecta del verdadero "móvil": la discriminación de mujeres que, en su consecuencia más radical, induce al infanticidio femenino.

Subordinación y Machismo: el círculo vicioso

La encomienda de la crianza a las mujeres podría predecir la existencia de un matriarcado del que mucho se ha hablado, pero que sólo ha existido míticamente -en realidad sólo se tienen pruebas de la existencia de lo que se llama matrilinealidad, donde la relación consanguínea se da por parte de la mujer, aunque la imagen autoritaria sigue siendo el varón: el hermano de la madre. Pero a pesar de que en casi todas las sociedades la mujer es quien dirige la educación y la crianza, y, por tanto, es quien tiene la posibilidad de modificar las relaciones entre los sexos en su ventaja, sigue permitiendo si no la mortalidad en infantes femeninos sí su subordinación y, todavía más, sigue promoviendo la agresividad en los varones.

La respuesta precisa a la segunda variante de nuestra pregunta inicial es la siguiente: la razón que Harris encuentra para que las mujeres eduquen a los varones tendiendo a que sean machos agresivos en vez de seres pasivos, y promuevan la sobrevivencia de los varones con mayor afán, se encuentra también en la existencia de los conflictos intergrupales, que a su vez responden a una estrategia de defensa contra la presión demográfica a la manera en que lo entiende Marvin Harris. Otra vez se refuerza la idea de que es la guerra la que propicia el machismo, ya que ésta requiere de machos fuertes y agresivos. "Tan pronto como los varones empiezan, por la razón que sea, a llevar el peso del conflicto intergrupal, las mujeres no tienen otra opción que criar el mayor número posible de varones feroces"12, asegura Harris, lo que explicaría por qué las mujeres, pudiendo modificar a través de la educación las relaciones de opresión que se ejercían y ejercen sobre ellas, sostienen y refuerzan dichas relaciones de dominio. La supremacía del varón implica ya un "círculo vicioso", pues entre más varones agresivos hay más guerras se producen y más machos se requieren.

Harris intenta combatir con su explicación la idea de que la superioridad de talla y fortaleza física, por sí mismas, determinen la dominación de un sexo sobre el otro; así como negar que la razón de esa dominación sea la agresividad innata de un sexo. El dominio depende, dice, "de qué sexo controla la tecnología de la defensa y de la agresión" Por ello, aunque teóricamente la mujer "tiene el poder de sabotear la "masculinidad" de los varones, recompensando a los chicos por ser pasivos en vez de agresivos" una vez asimilada la ideología belicista y ubicado el lugar de los sexos en torno al poder, la mujer ha tenido que continuar sosteniendo el rol que le fue asignado en el origen.

La ideología de la agresión

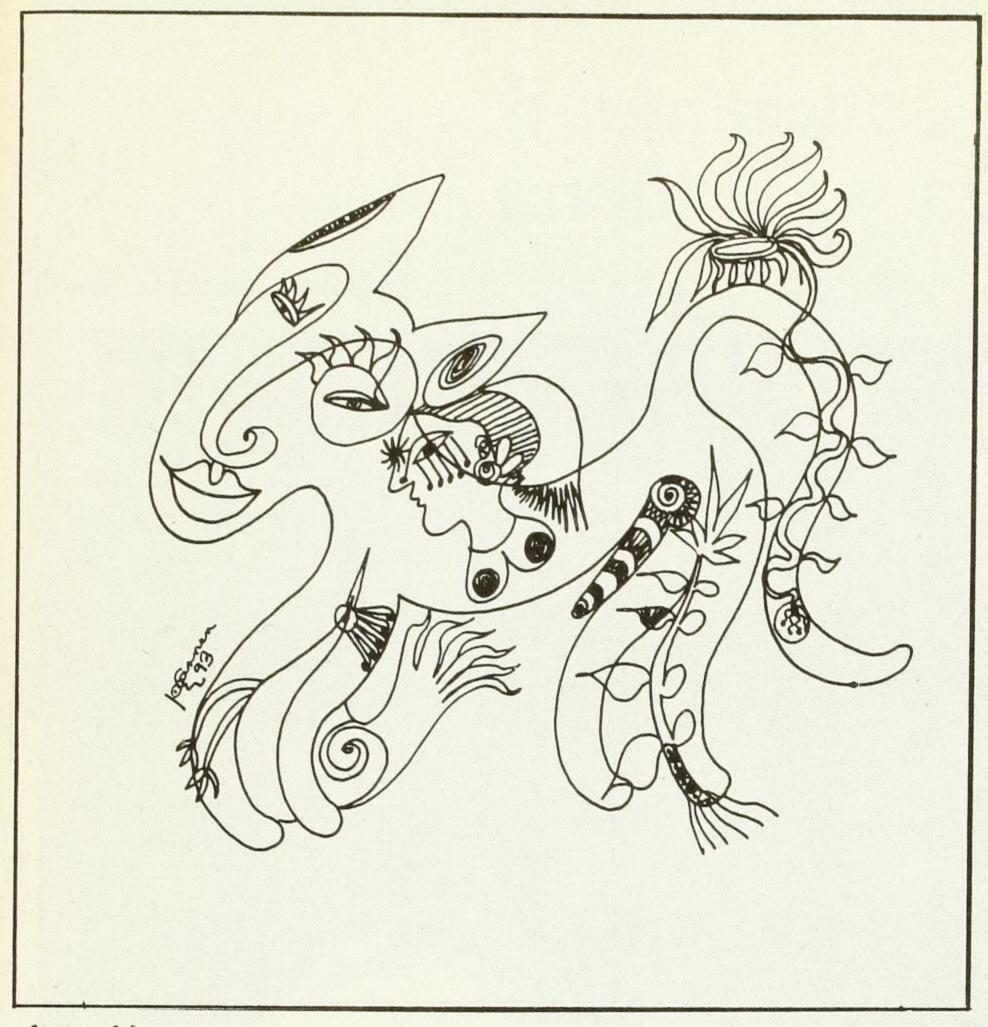
Una conclusión provisional a la que nos acerca la teoría de Harris, a reserva de seguir investigando y reflexionando en este tema, es la idea de que si la sociedad no se sustentara en la valoración de las actividades y actitudes bélicas, cuyo clímax es la guerra -determinada a su vez por la antigua necesidad



de defensa territorial y del grupo y por la consabida presión demográfica que amenaza a toda sociedad- y cuyo paradigma normativo es el machismo, el poder de negligencia selectiva favorecería a las mujeres y no a los varones. Es decir, la ideología machista y belicista no sólo promueve la incidencia de conflictos bélicos, realizando de manera directa un descenso en la población masculina; sobre todo refuerza socialmente el valor de los más fuertes y agresivos, produciendo con ello una desvalorización de la mujer que alienta la tolerancia social al infanticidio femenino y sus variantes: la consabida discriminación de mujeres.

A fin de cuentas, para M. Harris el dispositivo del control demográfico no es la guerra sino la valoración que se hace de ella. Y no es la agresividad innata de un sexo (el machismo) el que produce las guerra sino, por el contrario, es la guerra la que promueve el machismo y reafirma la posición subordinada de las mujeres. Desde un punto de vista económico, resulta claro que para las sociedades primitivas el infanticidio femenino resultara ser un recurso más efectivo para el control demográfico que el sacrificio de las víctimas masculinas que iban a la guerra, ya que en el primer caso son víctimas reproductoras.

Lo paradójico e inaceptable es que aún actualmente se siga poniendo en práctica en algunas sociedades más o menos civilizadas la discriminación femenina. Desde una lógica contemporánea resulta incomprensible que la mujer siga haciendo uso de su "poder de negligencia selectiva" en contra de su propio género, ya que, desde la perspectiva analizada,



el machismo es sólo el residuo actual de una necesidad originaria: es decir, la valoración ideológico-social de la guerra.

En el proceso de desarrollo de la sociedad, el sentido o la legitimidad que originalmente tenía la guerra o los conflictos intergrupales, como mecanismo de control demográfico que "sostiene el equilibrio ecológico con sus hábitats" ha sido substituido por otro tipo de estructuras que continúan reafirmando las relaciones sociales de dominación del sexo "cultivado" como agresivo sobre el considerado "sexo débil". Es decir, en el transcurso de constitución de la cultura se ha producido una reelaboración conceptual e ideológica que define la relación entre los sexos y que hoy se justifica y ampara en las supuestas "leyes de la naturaleza". Recordemos que "cada sociedad piensa que sus propias definiciones de género corresponden a la dualidad biológica de los sexos".

Pero si la diferencia de sexos que ha configurado la desigualdad fuera más bien concebida a través de la distinción entre sexo y género, como una razonable y evidente diferencia biológica sobre la que se apoya la estructuración del género (cultural) -y su relación no fuera considerada de forma determinista hacia el presente y el futuro-, podríamos compartir el mundo por partes iguales. Se trataría pues de ser capaces de afirmar la flexibilidad de la naturaleza humana como una naturaleza cultural, y la diferencia de los sexos como una diferencia sin contenido; como una diferencia que cada sociedad está comprometida a llenar con lo mejor de las cualidades humanas repartidas equitativamente.

Concluyendo, si aceptamos la idea de que la educación machista está enraizada en una arcaica necesidad de la guerra, en la actualidad, ante el gran avance científicotecnológico y el correlativo desarrollo de la conciencia

humana, hay una necesidad de terminar con ambas. Una posibilidad por la que, junto con M. Harris, nos inclinamos, es la "eliminación ulterior de las fuerzas policiales y militares convencionales" así como de la ideología belicista que las sostiene, dado que el desarrollo de la civilización ha llegado a hacer improcedente la guerra.

En todo caso, el papel tanto de los varones como de las mujeres es fundamental para solucionar una situación que es sólo un arcaísmo de fenómenos que existieron en nuestro origen, pero que actualmente sólo expresan superficialidad, inutilidad y ponen en riesgo la sobrevivencia de la humanidad. Una posición viable, que se ha desarrollado en ciertas vertientes del feminismo contemporáneo, es no sólo la de buscar la integración de la mujer a la sociedad sino la de incluir las potencias y valores considerados femeninos -y por ende discriminados- en la esfera de lo social. Lo que implica una sustitución de los valores destructivos de dominio, productividad y competitividad de la sociedad patriarcal en los que se ha transformado el principio bélico, por otros que expresen pacificidad, ternura y respeto por la naturaleza y la vida¹/.

Pero más allá de este planteamiento que aun resulta polémico cuando se concibe como un puro ejercicio de reivindicación y defensa de la subordinación femenina, y no como una

transformación social, política y ética que involucre tanto a los varones como a las mujeres, vale percatarse de la posibilidad y necesidad de un ejercicio de poder femenino que hasta hoy no ha sido cabalmente valorado: la función emancipatoria de la educación en un medio que determina tanto las razones como los fines de la práctica femenina.

Notas

1 Ann Oakley desarrolla en su libro La mujer discriminada el concepto de género en su relación con el de sexo, distinguiéndolos en los siguientes términos: "Sexo es un término biológico; "género" es un término psicológico y cultural (...) Es cierto que todas las sociedades utilizan el sexo biológico como criterio para la atribución del género, pero tras este simple punto de partida no existen dos culturas que estén completamente de acuerdo sobre qué diferencía a un género del otro. Parece innecesario señalar que cada sociedad piensa que sus propias definiciones de género co-rresponden a la dualidad biológica de los sexos". Ann Oakley, "Sexo y género", en La mujer discriminada, Editorial Debate, Madrid, 1977, p. 185.

2 Margaret Mead, Sexo y temperamento, Paidos, Buenos Aires, 1972, p. 236.

3 Ibidem., p. 235.

4 Ibid., p. 238.

5 Marvin Harris, Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura, ed. Alianza, Madrid, 1981, p. 81.

6 A. Oakley, Op. cit., p. 194.

7 M. Mead, Op. cit., p236.

8 M. Harris, Op. cit., p. 100.

9 Ibidem.

10 M. Mead, Op. cit., p. 235.

11 M. Harris, Op. cit., p. 101.

12 Ibidem., p. 82.

13 Ibid., p. 80.

14 Ibid., p. 81.

15 Ibid., p. 65.

16 Ibid., p. 101.

17 Cf. H. Marcuse, "Marxismo y feminismo" en Calas en nuestro tiempo, ed. Icaria, Barcelona, 1983.